

## CONSIDERACIONES SOBRE LAS NUEVAS PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS A PROPÓSITO DE LA OBRA DE ENZO TRAVERSO

Ibon LOURIDO RODRÍGUEZ

*Universidad de Salamanca*

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8346-9378>

RESUMEN: Desde su fundación como disciplina en la Antigua Grecia, la primera objeción relevante a las pretensiones científicas de la historiografía se halla en la *Poética* de Aristóteles. El Estagirita afirma que el conocimiento histórico trata sobre lo particular, es decir, lo que aconteció a tal o cual sujeto –ya sea individual o colectivo– en un tiempo y lugar concretos. De este modo, según la perspectiva aristotélica, la historia no tendría en su haber un verdadero contenido universal sobre el que construir generalizaciones de orden científico. Esta convicción cambió radicalmente con la Modernidad, sobre todo, a partir del surgimiento de la filosofía de la historia durante la Ilustración. Desde entonces, diversas escuelas de pensamiento se han esforzado por cultivar metodológicamente una ciencia histórica racionalista. A partir de la obra de Enzo Traverso, en este artículo se examina el paulatino abandono de este último paradigma debido a la irrupción de una «historiografía subjetivista» de clara inspiración posmoderna.

*Palabras clave:* Conocimiento histórico; historiografía racionalista; Enzo Traverso.

ABSTRACT: Since its foundation as a discipline in Ancient Greece, the first relevant objection to the scientific pretensions of historiography dwells in Aristotle's *Poetics*. The Stagirite affirms that historical knowledge deals with the particular, that is, what happened to this or

that subject –whether individual or collective, in a specific time and place. In this way, according to the Aristotelian perspective, history would not have a proper universal content on which to build scientific generalizations. This conviction changed radically with modernity, especially with the emergence of the philosophy of history during the Enlightenment. Since then, various schools have struggled to set methodologically up a rationalist historical science. Based on the work of Enzo Traverso, this paper examines the gradual abandonment of this last paradigm due to the irruption of a «subjectivist historiography» clearly inspired by postmodern insights.

*Keywords:* Historical knowledge; Rationalist historiography; Enzo Traverso.

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS, rompiendo con siglos de tradición, ha surgido una nueva forma de narración histórica. Por supuesto, como cabría esperar de cualquier obra perteneciente al género de la historia, se trata de un tipo de relato que versa sobre acontecimientos del pasado; sin embargo, en este novedoso modelo, el protagonismo principal del texto recae en el autor que lo escribe –en primera persona del singular– desde su propio tiempo presente. A este fenómeno literario, que rompe con muchos usos y costumbres asentados en la historiografía, Enzo Traverso ha dedicado un ensayo titulado *Pasados singulares. El «yo» en la escritura de la historia*. El académico italiano, actualmente docente en la Universidad Cornell, institución asociada a la Ivy League estadounidense, no es primerizo a la hora de incursionar en las cuestiones epistémicas relativas a la representación contemporánea del pretérito. Por el contrario, Traverso ha consagrado ya varios libros a la compleja relación que hoy se establece en Occidente no sólo entre el presente y el pasado, sino también entre la mera *memoria* y la auténtica *historia*. Sin duda, su particular formación como historiador en Francia, bajo la tutela del filósofo marxista Michael Löwy, contribuye a alimentar su natural interés por el porvenir de la ciencia histórica en un horizonte intelectual quebrado por la condición posmoderna.

Desde que Tucídides aparejó hace veinticinco siglos la vocación científica con la tarea de historiar, las crónicas del pasado se han escrito siempre en tercera persona. De hecho, aunque el general ateniense participó personalmente en el conflicto bélico contra Esparta y, por tanto, fue testigo directo de los sucesos que se narran en la *Historia*

de la guerra del Peloponeso, el historiador griego renunció a la idea de levantar un testimonio fundamentado en sus propios recuerdos – como sí hizo, por ejemplo, su compañero de armas Jenofonte–. Detrás de esta decisión de Tucídides, se halla el convencimiento de que la historia, si acaso pretende ser una disciplina intelectual rigurosa, exige cierto grado de objetividad y, en consecuencia, su practicante debe tomar un punto de vista neutro, alejado de todo sentimentalismo o cualquier otra tentación subjetiva. Así pues, como señala Enzo Traverso, remontándose a sus tempranos inicios en la Antigua Grecia, la historiografía asumió que «la historia implica una distancia, una mirada externa que sólo una narración impersonal puede asegurar»<sup>1</sup>. Tal precepto siguió en vigor durante el despegue de los estudios históricos a partir del siglo XVIII y, en realidad, se ha venido respetando sin mayores variaciones hasta muy avanzado el siglo XX. En este sentido, Traverso subraya el caso paradigmático de León Trotski. El bolchevique ucraniano desempeñó un papel protagonista en alguno de los eventos más decisivos de la última centuria, no obstante, cuando decidió redactar una *Historia de la Revolución Rusa* en tres gruesos volúmenes, el revolucionario soviético optó por proceder como un verdadero historiador, esto es, asumiendo la insólita paradoja de tener que hablar de sí mismo en tercera persona.

En su notable esfuerzo historiográfico, Trotski puso a un lado su ego en un gesto que cualquier autor de su generación consideraba una elemental cortesía científica. Por descontado, el propósito del líder comunista no era aparentar una ecuanimidad imposible ante los hechos que relata, sino escudriñar sus causas objetivas y transmitir al lector la información contrastada a la que él tuvo acceso –entre otros motivos– por su posición privilegiada en el desarrollo de los acontecimientos. De este modo, el compañero de Lenin tenía claro que un libro de historia no es el lugar adecuado para recrear literariamente sus recuerdos personales; es más, Trotski tampoco quiso renunciar a esto y, por ello, también escribió una autobiografía que subtítulo con precisión *Memorias de un revolucionario*. En este contexto, Traverso se adhiere a «la distinción cuasi ontológica [...] entre la memoria y la historia; la memoria es la percepción subjetiva de un pasado que la historia describe como una experiencia reificada y sellada»<sup>2</sup>. La memoria está compuesta de evocaciones y remembranzas, irremediablemente preñadas de emociones, que corresponden a la psicología del sujeto que vivió una experiencia pasada. Entonces, el deber prioritario del historiador, cuando se

topa con esta clase de material en el curso de sus investigaciones, es verificarlo, pues compete a la misma naturaleza de la memoria su carácter selectivo y caprichoso, así como una íntima e inoportuna relación afectiva con el olvido. Como cualquier otra fuente, la *historia* debe someter a examen a la *memoria* en un implacable escrutinio racional. En primer término, su objetivo inmediato será validarla y, una vez calibrada su fiabilidad, descifrarla, contextualizarla e interpretarla a la luz del conjunto histórico en el que se integra.

Con todo, la vieja convicción de que el historiador debe inhibir las interferencias de su personalidad para lograr una mayor objetividad científica, no implica que la historiografía tradicional haya ignorado el crucial componente subjetivo de sus estudios. Antes bien, los grandes referentes de la especialidad lo han asumido como una parte consustancial de su método, puesto que la cabal comprensión del pasado supone desentrañar cierto espíritu de época y, por lo tanto, adentrarse en la vida anímica de aquellos sujetos que habitaron un mundo pretérito. En este punto, Enzo Traverso recuerda que la pretensión de Jules Michelet, el erudito que escribió la más ambiciosa *Historia de Francia* en el siglo XIX, «era reconstruir y revivir el pasado con sus emociones, sus pasiones, sus esperanzas, sus tragedias y sus anhelos, lo que exigía a la vez un trabajo meticuloso de restitución, basado en la exploración de las fuentes y la identificación empática con los actores de una determinada época»<sup>3</sup>. De la misma manera, los representantes del historicismo alemán hicieron suya esta práctica, que siempre obliga al historiador a empaparse del universo mental característico de una realidad desaparecida. Así, Leopold von Ranke, máximo exponente de la escuela positivista, también habló de la necesidad de «empatía» (*Einfühlung*) y Wilhelm Dilthey, pionero de la hermenéutica, juzgó imprescindible reproducir a través del relato histórico la «experiencia vivida» (*Erlebnis*) por nuestros antepasados. Sea como fuere, tal y como recalca Traverso, está claro que la subjetividad que se introduce legítimamente en este procedimiento historiográfico pertenece en exclusiva a los protagonistas de la historia narrada –es decir, a los agentes que la llevaron a cabo– y, en ningún caso, puede confundirse con los afectos particulares del historiador.

Sin embargo, el ocaso del siglo XX trajo consigo cambios muy profundos en el paisaje intelectual de Occidente. La llegada de la posmodernidad dinamitó el dique de contención epistémico que mantenía la subjetividad del historiador aparte del contenido de su producción científica. Según Enzo Traverso, aunque no supusiera

un gran éxito editorial, la obra coral *Essais d'ego-histoire*, dirigida por Pierre Nora en 1987 y en la cual siete investigadores franceses juegan con la idea de historiar sus propias vidas, marcó un hito fundacional en esta nueva tendencia. Ya entonces «Nora lo definía como “la creación de un género: la ego-historia. Un nuevo género para una nueva edad de la conciencia histórica»<sup>4</sup>. De esta forma, una vez que las escrituras del yo conquistaron el terreno de la literatura, emergió en paralelo la figura de lo que Traverso denomina «Narciso historiador». Desde el fin de los años setenta, con el abandono definitivo de los enfoques estructuralistas –y su anhelada abolición del sujeto–, que corrió junto al declive paulatino de la perspectiva de clase en las ciencias sociales, se extendió sobremedida este fenómeno egoico. Por consiguiente, el paradigma culturalista e identitario terminó por colonizar las librerías y los departamentos de humanidades. Ciertamente no es un viraje menor: antes el historiador quería entender el mundo; ahora se esfuerza por comprenderse a sí mismo. En *Pasados singulares*, el profesor italiano anticipa la tesis, luego desarrollada por él en otros títulos, de que la historia contemporánea se escribe cada vez más tomando el rol de *víctima*, «un rasgo típico de la cultura occidental de principios del siglo XXI»<sup>5</sup>. Por esta razón, el historiador subjetivista, siguiendo en esto la estela de Michel Foucault, tiende a privilegiar las trayectorias de individuos poco convencionales, dando prioridad a lo marginal e incluso anecdótico. De ahí que, como expone Traverso, en los textos del «Narciso historiador» se puedan observar algunas concomitancias con el discurso psicoanalítico. Tanto es así que varios autores recurren al léxico freudiano para describir su relación personal con el objeto de estudio; en ocasiones, se habla de una «catexis» (*Besetzung*) existencial o de la «perlaboración» (*Durcharbeitung*) de un trauma.

A pesar de los antecedentes, la explosión de este nuevo tipo de narración histórica se ha producido fundamentalmente en la última década. Entre decenas de ejemplos, debido a su repercusión y reconocimiento, los casos más sobresalientes son los de Ivan Jablonka y Philippe Artières. De hecho, muchas instituciones públicas, incluido el Senado y la Academia Francesa, premiaron a Jablonka por su *Historia de los abuelos que no tuve*. Publicado en 2012, el libro reconstruye la vida de los familiares del escritor, dos judíos polacos que murieron en Auschwitz mucho antes de que él naciera. Además de la labor histórico-documental pertinente, el relato está cargado de lirismo y emotividad, «totalmente impregnado de los afectos del autor y de su *pietas*,

en el sentido originario del término: un sentimiento de devoción que implica cumplir unas obligaciones en relación con los padres —o los abuelos—<sup>6</sup>. Como es evidente, semejante premisa rompe el molde aséptico y analítico de la historiografía clásica. Asimismo, en una línea parecida, un año después del superventas de Jablonka, Artières presentó *Vie et mort de Paul Gény*, otra propuesta basada en la historia de un pariente. En esta ocasión, se trata del asesinato de un tío bisabuelo, jesuita y antiguo profesor de filosofía en la Universidad Gregoriana, que falleció durante un asalto callejero a manos de un soldado. No obstante, aunque Artières apela en un inicio a la biografía de su antepasado, en verdad, lo utiliza como una referencia que le sirve de pretexto para construir una trama en la que el personaje principal es él mismo. Por ejemplo, pese a que todas las fuentes disponibles corroboran que Paul Gény «amaba con entusiasmo la filosofía como ciencia y como apostolado»<sup>7</sup>, al punto de constituir uno de los ejes de su existencia, el lector de Philippe Artières no sabrá nada más al respecto, pues ni siquiera nombra ninguno de los tratados escritos por la víctima del crimen, considerando que «el conjunto es muy aburrido»<sup>8</sup>. Por el contrario, Artières sostiene que la historiografía debe ser una práctica lúdica y entretenida; así, según cuenta, tal convencimiento metodológico le empujó a adquirir una sotana y pasearse por Roma disfrazado de cura con el objetivo de completar su investigación en un alarde de empatía.

Poco después de su consagración como modelo para la corriente subjetivista de la historia, Ivan Jablonka defendió sus tesis gnoseológicas en *La historia es una literatura contemporánea*. Desde la primera página, mediante tal afirmación de cabecera, queda patente que Jablonka pretende abolir la secular diferenciación entre lo que los griegos clasificaron como *poesía* (ποίησις) e *historia* (ιστορία). A este respecto, es importante advertir que no sólo se refiere a una cuestión estilística, circunscrita a la forma narrativa del discurso histórico, sino que sugiere ir más allá de lo meramente estético, permitiéndose traspasar la cruda realidad de los hechos. De este modo, en su ensayo historiográfico, concebido como un *Manifiesto por las ciencias sociales*, el francés aboga por «activar ficciones en el seno del razonamiento que materializa y despliega el texto»<sup>9</sup>. He aquí el ingrediente más controvertido y rupturista del subjetivismo histórico. Y es que, si recurrimos a la imagen más clara posible, conforme al canon tradicional, cuando la *ficción* entra por la puerta, la *historia* sale por la ventana. Por este elemental motivo, una «novela histórica»,

aunque esté muy bien documentada y respete escrupulosamente la historicidad del período en el que se desarrollan sus personajes – reales o inventados –, constituye un género dentro de la literatura y no participa de la ciencia histórica.

Desde luego, en sentido estricto, la «historiografía subjetivista» de Jablonka no propone sazonar la realidad con elementos añadidos arbitrariamente por antojo del historiador. En principio, él también debe admitir que, si se viola la frontera de demarcación esencial entre la fantasía del narrador y la autenticidad de lo acontecido, el valor de verdad desaparece *ipso facto* del dominio de la historia y, en consecuencia, su aspiración de cientificidad queda revocada. Ahora bien, Ivan Jablonka da por sentado que el escritor de historia es asimismo un literato, puesto que su oficio consiste en contar una trama de acontecimientos verídicos, que son el resultado de la acción de una serie de personajes determinados. En resumidas cuentas, desde este enfoque, en consonancia con el llamado «giro lingüístico», se equipara el trabajo del historiador con la literatura, en tanto que en ambos casos se fabrica un relato. De esta guisa, la función del historiador se reduce, por encima de cualquier otra consideración, a su dimensión narrativa. La objeción más obvia contra esta argumentación es que destaca unilateralmente la última etapa del proceso historiográfico, esto es, la plasmación de lo investigado en una creación textual-discursiva. Por otra parte, atendiendo a la hipótesis de Jablonka, aún resta por esclarecer qué papel puede jugar la *ficción* en todo este asunto. Aunque se acepte el presupuesto de que novelista e historiador comparten la posición de narrador, es indispensable mantener que, por pura exigencia epistemológica, su desempeño frente al material histórico es radicalmente distinto.

En relación con esto, conviene recordar algunas ideas de Georg Lukács expuestas en su amplia disquisición sobre *La novela histórica*, redactada en los años treinta durante su difícil estancia en la Unión Soviética. El filósofo húngaro fue pionero en lo que respecta a la reflexión conceptual sobre este género literario característico del siglo XIX. El marxista de Budapest ratifica que la aparición de esta clase de literatura proviene de la profundización de la conciencia histórica, que se dio necesariamente en Europa al albur de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Lukács estima que Walter Scott instituyó el patrón clásico para la «novela histórica», aunque Aleksandr Pushkin o Alessandro Manzoni lo superaron pronto en cualidades artísticas. Así y todo, el mayor mérito del autor de

*Ivanhoe* estriba en haber logrado captar, a través de la reconstrucción imaginaria del pasado, el espíritu de una época en concreto y, sobre todo, los conflictos existenciales que le dan sentido encarnados en la vida ficticia de los protagonistas. «Así pues, de lo que se trata en la novela histórica es de *demostrar* con medios *poéticos* la existencia, el “ser así” de las circunstancias históricas y sus personajes»<sup>11</sup>. Por ende, de acuerdo con la definición de Georg Lukács, el novelista emplea la *póiesis* (ποίησις) en su «composición de la imagen histórica total»<sup>12</sup>, una técnica creativa en la que la invención de situaciones verosímiles –pero simuladas– no sólo es legítima, sino inevitable. En cambio, la imaginación del historiador no está autorizada para cruzar esta línea, pues en su práctica científica tiene que vérselas con una realidad sustancial irreductible a mero artefacto lingüístico.

Como ya es costumbre en el posmodernismo, los partidarios de la subjetividad justifican su postura alegando que no puede existir un conocimiento histórico-social libre de juicios valorativos y, por tanto, cualquier pretensión de objetividad en este campo sería una impostura. Sin embargo, dar rienda suelta a las emociones, sacar los afectos más íntimos a relucir, así como multiplicar por doquier las opiniones personales, no parece la opción más razonable a la hora de disipar el espejismo positivista de la neutralidad axiológica. Al revés, la sensatez lógica induce a pensar que esta suerte de solución, lejos de suponer una corrección del problema, significa recrearse a sabiendas en el error denunciado. A pesar de todo, Traverso muestra en *Pasados singulares* cómo muchos autores contemporáneos no lo creen así: «este reconocimiento de la subjetividad histórica, afirma Jablonka, “hace más objetivo el conocimiento”»<sup>13</sup>. Para ellos, entendiéndolo como una especie de honestidad intelectual, el científico social debe exhibir el vínculo sentimental que guarda con el tema que le ocupa en cada momento. De esta manera, Ivan Jablonka se apoya en el concepto de *identidad narrativa*, que toma prestado de la filosofía de Paul Ricoeur, con la intención de introducir un triple ego en su peculiar versión del relato histórico –el «yo de posición», el «yo de investigación» y el «yo de emoción»–. Por descontado, esta inflamación subjetivista tiene consecuencias metodológicas y puede conducir fácilmente a la nulidad epistémica. En palabras de Enzo Traverso, «con esta práctica, el peligro al que con mayor frecuencia se expone el historiador es, por supuesto, el del narcisismo estéril»<sup>14</sup>.

En el fondo, salta a la vista que, asemejando el historiador al narrador literario, se abre la puerta a una nueva subjetividad libe-

rada de las constricciones del método de antaño. Por de pronto, el dogma de la escritura impersonal en tercera persona, cuando se acata a rajatabla, impide usurpar el papel protagonista a los verdaderos actores de la historia. Efectivamente, si se observa este requisito, el ego-narrativo de Jablonka, que ha sido multiplicado por tres, no encuentra espacio suficiente para su lucimiento; y mucho menos para ejecutar una *performance* como la excursión romana de Artières con alzacuellos. Por ello, Traverso identifica con acierto esta irresistible pulsión narcisista inscrita en el subjetivismo histórico. En realidad, en sus numerosísimas manifestaciones, el «yo» se expande hasta el límite de abarcar toda la extensión del texto. De esta forma, se incurre en una flagrante contradicción: al condenar la actitud del viejo estudioso que, situándose por encima de los hechos, se separa de los sucesos que relata para darles una explicación objetiva, el historiador subjetivista termina adoptando la visión análoga de «un narrador-Dios»<sup>15</sup>, como si él mismo fuese el centro metafísico del universo. Para ilustrar este acaparamiento, basta mencionar que, en la obra en la que se cuenta la violación y asesinato de una adolescente, Ivan Jablonka no tiene reparo en proclamar «Laëtitia soy yo»<sup>16</sup> en el encabezado de uno de los capítulos.

En una bella metáfora musical, Traverso condensa el *quid* de la discusión al expresar que esta subjetividad desbocada «transforma la sinfonía de los grandes dramas colectivos en solos»<sup>17</sup>. Como es bien sabido, el afán de rechazar los metarrelatos y, al mismo tiempo, la noción de la historia como «una *potencia trascendental*»<sup>18</sup> que opera sobre los individuos singulares, remite a los primeros críticos de la filosofía hegeliana. Los ulteriores desarrollos del postestructuralismo vienen a ser variantes tardías de la misma protesta. Pero la dificultad radica en que estos dos encuadres *-a priori* antagónicos- tienden a converger. Por tal motivo, Karel Kosík abordó esta extraña paradoja en su artículo *El individuo y la historia*, impreso por una revista francesa en 1968. En él, el checoslovaco certifica que «estas dos concepciones [...] son incapaces de encontrar una solución satisfactoria a la cuestión de la relación de lo particular y lo general»<sup>19</sup>. Respecto a la racionalidad del proceso histórico, Kosík concede a los adversarios de Hegel y sus discípulos el argumento de que, si «lo particular es absorbido por lo general, los individuos no son más que instrumentos, la historia está predeterminada y los hombres sólo la hacen aparentemente»<sup>20</sup>. Empero, en el otro extremo de esta disyuntiva, cuando lo general es subsumido por lo particular, como ocurre en

el caso del subjetivismo analizado, «la historia se vuelve no sólo irracional, sino también absurda en la medida en que cada elemento particular toma el aspecto de lo general, y en ella reinan, consecuentemente, la arbitrariedad y la contingencia»<sup>21</sup>. *Ergo*, ambos caminos conducen a la incompreensión de la historia por vías opuestas.

Por otro lado, al abandonar voluntariamente el cauce de la historiografía racionalista, el «Narciso historiador» se ve obligado a buscar inspiración en otros ámbitos. Sin ir más lejos, la mirada de Jablonka sobre el Holocausto está más próxima a la de un documentalista cinematográfico como Claude Lanzmann que a la de un académico al uso. Este cineasta, que rodó la cinta *Shoah* en 1985, rememora el exterminio de los judíos únicamente a través del testimonio personal de un grupo de supervivientes. Tras esta elección narrativa de Lanzmann, se halla la renuncia explícita a intentar comprender o interpretar las causas del genocidio. En este aspecto, Jablonka comparte con él la premisa del «aquí no hay ningún porqué» (*Hier ist kein warum*), según la célebre expresión de un soldado alemán destinado en Auschwitz. En consecuencia, si se adopta este punto de vista, la historia del asesinato en masa de los hebreos se reduce a un puro sinsentido, esto es, a una maldad en bruto metafísicamente inasible, que queda situada más allá de cualquier horizonte de entendimiento posible. En armonía con esto, Traverso hace notar que «Jablonka retoma la “ceguera” de Lanzmann, su “rechazo a representar” y su “obstinación en no comprender”, para convertirla en un modelo de su “yo” metodológico»<sup>22</sup>. Así pues, para el historiador subjetivista, la única alternativa válida es lidiar con el trauma mediante la empatía solidaria con las *víctimas*. En contraposición, dilucidar las circunstancias históricas de la masacre sería una inmoralidad, un acto fútil y despreciable, una obscenidad intelectual propia de la impudicia de la razón.

En cuanto a los orígenes de esta mutación en la forma de contar la historia, es imprescindible prestar atención a la huella dejada por las tragedias y fracasos del siglo xx. Al comenzar la última centuria del segundo milenio, una gran parte de la humanidad, espoleada por los muchos avances que había traído la modernidad, creía firmemente en un mejor porvenir para la civilización mundial. No obstante, tal «horizonte de expectativa», como lo teoriza Reinhart Koselleck, se partió en pedazos con las dos guerras mundiales y el posterior descrédito del socialismo soviético. Con ello, alrededor de 1989, el fin de las utopías sociales transformó la relación dialéctica entre el pasado –es decir, lo que Koselleck llama el «campo de experiencia»– y el futuro. Por consiguiente, de este trastorno de la conciencia histórica ha surgido

en el siglo XXI una nueva era inevitablemente *presentista*. De hecho, Enzo Traverso concluye en su monográfico que el *presentismo*, o sea, la ausencia de esperanza futura y la supuesta ininteligibilidad del pasado, es la característica principal de nuestro tiempo. Por eso, el historiador egocéntrico, vástago del régimen de historicidad posmoderno, sólo es capaz de asomarse al pretérito desde la perspectiva de su propia actualidad. En síntesis, para Traverso, «las escrituras subjetivistas de la historia no respaldan ninguna ideología; derivan de una adscripción social que dirige la mirada. El mundo neoliberal se ha convertido en nuestro marco de vida y en nuestro observatorio»<sup>23</sup>.

Al final de su exposición en *Pasados singulares*, el pensador del Piamonte se inclina por sopesar que, si bien el subjetivismo engendra problemas insólitos en la historiografía contemporánea, «desde un punto de vista científico, sus innovaciones no pueden ser consideradas *a priori* ni como un avance ni como un retroceso: exploran vías inéditas cuyos resultados son variables y muy diversos»<sup>24</sup>. En efecto, dada la considerable heterogeneidad dentro de esta corriente, sería impropio establecer generalizaciones apresuradas sobre sus rendimientos literarios; aún así, a diferencia de lo que sostiene aquí Traverso, sí que es legítimo afirmar que «inventar ficciones de método para entender mejor lo real»<sup>25</sup>, tal y como propugna abiertamente Ivan Jablonka, supone una regresión epistemológica de primer orden. Sin duda, Enzo Traverso está en lo cierto cuando localiza esta hinchazón de la subjetividad en las coordenadas antropológicas y culturales del capitalismo triunfante. Ahora bien, la oportuna adecuación de la narrativa histórica del yo al *modus vivendi* de la sociedad neoliberal –sin duda, una de las razones de su éxito– no debe disculpar o encubrir sus nocivas deficiencias científicas. Al fin y al cabo, a estas alturas de la civilización capitalista, no está de más recordar aquella advertencia premonitoria de Karl Marx y Friedrich Engels, extraviada en el manuscrito original de *La ideología alemana*, según la cual, «casi toda la ideología se reduce o a una concepción tergiversada de la historia o a una abstracción total de ella»<sup>26</sup>.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- JABLONKA, Iván. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2016.

- KOSÍK, Karel. *El individuo y la historia*. Trad. Fernando Crespo. Buenos Aires: Almagesto, 1991.
- LUKÁCS, Georg. *La novela histórica*. Trad. Jasmin Reuter. México: Era, 1966.
- MARX, Carlos, ENGELS, Federico. *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. Trad. Wenceslao Roces. Barcelona: Grijalbo, 1974.
- TRAVERSO, Enzo. *Pasados singulares. El «yo» en la escritura de la historia*. Trad. Belén Gala Valencia. Madrid: Alianza Editorial, 2022.

## NOTAS

- 1 E. TRAVERSO, *Pasados singulares. El «yo» en la escritura de la historia*. Trad. Belén Gala Valencia. Madrid: Alianza Editorial, 2022, p. 25.
- 2 TRAVERSO, o. c., p. 27.
- 3 TRAVERSO, o. c., p. 30.
- 4 TRAVERSO, o. c., p. 51.
- 5 TRAVERSO, o. c., p. 61.
- 6 TRAVERSO, o. c., pp. 75-76.
- 7 TRAVERSO, o. c., p. 81.
- 8 *Ibid.*, p. 81.
- 9 I. JABLONKA, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2016.
- 10 TRAVERSO, o. c., p. 106.
- 11 G. LUKÁCS, *La novela histórica*. Trad. Jasmin Reuter. México: Era, 1966, p. 46.
- 12 *Ibid.*
- 13 TRAVERSO, o. c., p. 106.
- 14 TRAVERSO, o. c., p. 115.
- 15 TRAVERSO, o. c., p. 110.
- 16 *Ibid.*
- 17 TRAVERSO, o. c., p. 113.
- 18 K. KOSÍK, *El individuo y la historia*. Trad. Fernando Crespo. Buenos Aires: Alma-gesto, 1991, p. 8.
- 19 KOSÍK, o. c., p. 11.
- 20 *Ibid.*
- 21 *Ibid.*
- 22 TRAVERSO, o. c., p. 126.
- 23 TRAVERSO, o. c., p. 202.
- 24 TRAVERSO, o. c., p. 184.
- 25 TRAVERSO, o. c., p. 182.
- 26 C. MARX, F. ENGELS, *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. Trad. Wenceslao Roces. Barcelona: Grijal-bo, 1974, p. 676.